

de aquella alma, toda santidad, toda heroísmo, mistificación y humildad? ¡Inspiración cuyos vividos fulgores lucirán inmortales en cada poesía y en cada pensamiento de tantos como nacieron en la mente divina de la religiosa de Avila!

Aquellas almas que buscan en la piedad el camino de la perfección, tienen en esta obra de Santa Teresa un mentor infalible, una guía segura que las conducirá por la senda deseada. Los corazones inflamados en amor divino, leerán con mística delectación sus *Pensamientos sobre el amor de Dios*; los seres que ambicionen reunir un caudal de prudencia y de sabiduría para normar su conducta en el mundo á fin de lograr la tranquilidad posible y la paz del espíritu, nada pueden encontrar mejor que sus *Consejos* y sus *Cartas*.

Y si se quiere un ejemplo que imitar, si se anhela tener á la vista los cuadros de una vida empleada en el bien, para modelar la propia según la que se busca, ¿qué mejor para ello, que consultar la historia de la santa, escrita por ella misma?

Porque aunque se dice de muchas santas que florecieron en grandes virtudes, de otras que gozaron señalados favores, dispensados por Dios, de aquellas que reunieron ambas cosas, en ninguna como en la admirable monja española, puso el Señor más particulares y extraordinarios privilegios.

Pero según digo al principio de estas líneas, no es mi ánimo entrar en detalles relativos á la vida de Santa Teresa de Jesús.

De todas las composiciones que publica hoy *El Album de la Mujer* como justo homenaje á la inspiración y al genio de la escritora y de la santa, la producida por mi pluma será la más humilde.

La conocida ilustración de la joven é inteligente Directora de este periódico, consagrado al ser más bello de los que forman la humanidad, dispuso este homenaje á la hija inmortal de Avila, gloria de su patria y dechado de su sexo.

Con ello, al par que ha honrado á la mujer, ha puesto de manifiesto una vez más su envidiable talento.

Pongamos pues nuestro contingente, por humilde que sea, en tan noble propósito y tan laudable acción. Secundemos los esfuerzos de una dama que, llevada de su amor á las bellas letras, se llega respetuosa ante el altar sagrado del genio.

Permitid por lo tanto que presente estas líneas como ofrenda de admiración á esa mujer sublime que se llamó Teresa de Jesús, y cuya frente vemos ceñida por triple corona.

Como santa, brilla sobre su cabeza un nimbo de luz, y es medianera entre Dios y los hombres. La Iglesia le ha levantado uno de sus más notables altares, y los corazones creyentes le tributan con fervor, como himno la oración, como homenaje el culto.

Escritora, tiene un puesto elevado, y el clasicismo del siglo XVI la considera como una de sus mejores glorias colocándola entre los talentos superiores de entonces.

Las letras le dieron un lauro inmarcesible, y el mundo literario celebra su superioridad y su talento con las brillantes páginas que le han dedicado los pueblos.

Como española, es timbre de grandeza y motivo de orgullo para su patria.

El heroico pueblo ibero ha ceñido la frente de su Teresa de Jesús con la grandiosa corona del cariño y de la predilección, recordando el nombre de la santa con el respeto, gratitud y ternura con que evocamos los mexicanos el de Sor Juana Inés de la Cruz.

¡Glorias legítimas é inmortales de dos pueblos hermanos!

México, Octubre 12 de 1885.

DOMINGO ELIZALDE.

SANTA TERESA.

Beldad, talento, gracia y cortesía,
Sin tasa concedió benigno el cielo
A la doncella que del patrio suelo
Es honra y gloria, encanto y alegría.

Su corazón los nobles á porfía
Ganar intentan con ardiente anhelo;
Mas ella orando, á Dios en el Carmelo
Se ofrece por esposa en feliz día.

Y el Rey de reyes aceptó su mano,
Y de ciencia riquísimo tesoro
En su espíritu infunde soberano.

Y el anillo nupcial, por más decoro,
Le pone luego, y de su amor ufano
Le pasa el pecho con un dardo de oro.

México, Octubre 2 de 1885.

JOSÉ SEBASTIÁN SEGURA.

EN EL TERCER CENTENARIO DE SANTA TERESA.

Composición leída en el Hospicio de Toluca la noche del 15 de Octubre de 1882.

Edad prodigiosa fué
Aquella en que el pensamiento,
Tierra, mar y firmamento
Cruzó en alas de la fe.
Como entre sombras se ve
Sobre la extensión desierta
La aurora brillar incierta,
Y á sus pálidos fulgores
Se escuchan ya los ruidos
De un mundo que se despierta.

Lanza rojiza su luz
Por todas partes la guerra,
Y aun se dividen la tierra
La media luna y la cruz.
Rompiendo el denso capuz,
Mira la Europa cristiana
Hoy *San Quintín*, y mañana
La epopeya de *Lepanto*,
Y siempre duelo y espanto
Sobre la conciencia humana.

En su celda silenciosa
Con indomable tesón,
Alza Lutero el pendón
De la guerra religiosa.
Al cundir la pavorosa
Llama que débil parece,
Fiera la discordia crece,
Y tan grande y tan profundo
Es el espanto, que el mundo
En sus ojos se estremece.

Y en medio á tantos horrores
Que dejan tan hondas huellas,
Tiene el arte sus estrellas,
Tiene la ciencia sus flores;
A artistas y trovadores
La gloria ofrece un laurel,
Y así en consorcio fiel
Unidos el mundo admira
El astrolabio y la lira,
La paleta y el cincel.

En la tierra castellana
Brotó, hermosa y escondida,
Una flor que halla la vida
Bajo la enseña cristiana.
Alma pura que se afana
Como la alondra ligera,
Por remontarse á la esfera
En que un sol de amor la hiere;
Que muere porque no muere
Pues tan alta vida espera.

Y esa flor de tallo enhiesto
Joya de amor, de inocencia,
Le presta su rica esencia
Al siglo décimosexto.
Vive en retiro modesto,
No anhela pompas ni fama,
Pero tal fulgor derrama
Sobre la edad que atraviesa,
Que á la angélica Teresa
El mundo admira y reclama.

Y buscan su parecer
Y reclaman su consejo,
Desde el más mozo al más viejo,
Desde el monarca al ugió.
Pronto tan sabia mujer
Corrige con docta pluma
A las órdenes, y en suma
Cuanto en sus obras entraña,
Se extiende al fin desde España
Al país de Moctezuma.

Angel que tañe el laúd,
Alma soñadora, inmensa,
Virgen que tan sólo piensa
En practicar la virtud.
Tal desde la juventud
Es Teresa, cuyo anhelo
Es dejar el toseco suelo
Donde la maldad anida,
Y buscar la eterna vida
Detrás del azul del cielo.

El austero sentimiento
Junto al natural candor,
Avivan más el fulgor
Del astro de su talento.
¿Qué mira bajo el convento
Su pecho amante y contrito?
Mira el verjel exquisito
Que aromas dulces exhala;
Ve un peldaño de la escala
Que conduce á lo infinito.

Teresa en su corazón
Guarda esa llama divina,
Que transforma, que ilumina,
Que enaltece la razón.
Si se entrega á la oración
Puesta ante la cruz de hinojos,
Brotan de sus labios rojos
Las flores del desvario,
A las que da por rocío
Las lágrimas de sus ojos.

Si su espíritu se aflige,
Si se inquieta su conciencia,
Su pluma en cada sentencia
Alienta, instruye y corrige.
Si su caridad le exige
Dar de propaganda ejemplo,
¡Ah! ¡cuán grande la contemplo!
Con el fuego en que se abrasa
Camina, y por donde pasa
Fundó una orden ó alza un templo.

Todo encierra esa mujer
En su alma que á Dios confía,
La fe, la filosofía,
La inspiración, el saber.
Dejad los siglos correr
Sobre el campo de la historia;
Ellos no empañan su gloria
Ni amenguan su claridad,
Que siempre la humanidad
Dará culto á su memoria.

¡Noble España! tu fortuna
Mayor, á mis ojos es,
Cuando humillada á tus pies
Miraste la media luna,
La de haber sido la cuna
De tanto genio que ufano
Fué en su tiempo, soberano;
Cuando en la paz ó en la guerra
Dabas un rey á la tierra
Y otro al pensamiento humano.

Tantas tus grandezas son,
Que en altivo inmortal vuelo
Juntas forman en tu cielo
Inmensa constelación.
Cervantes y Calderón,
Lope de Vega, Moreto,
Murillo, el *Españoleto*
Y otros mil, prueban iguales
Que tú, de hacer inmortales
Siempre has tenido el secreto.